Gabriela

Le basta llamarse Gabriela.

Tocar sus senos al amanecer,
saber que hoy
alguien vendrá a comprarle alientos.

Se levanta con la palabra que necesita.
Y todo le pesa:
las pinturas, las mallas, el vestido corto.

Ahora vaga entre los árboles
del patio trasero.

Y la vida parece levantarle el ánimo,
conducirla al sitio donde el amor
un día extendió su imperio.

Pero regresa ardiendo,
enferma de dejar atrás los recuerdos.

Y la vida, de repente, nada le ofrece.
Sólo el redoble de un tambor
que le anuncia el abismo.

Las monjas

Las monjas cantan himnos
al caer la tarde.
Se agitan como flores
a la caricia de un viento
fuerte.

Han librado la batalla.
El fino vestido de aquel aparador,
el hombre, los grandes banquetes,
el vino y el cigarro.

Altivas, mujeres de salmos y ayunos.

Al alba caminarán en hilera.
Las espera el paraíso,
pero ¿dónde está Dios?

Memorial

Colegiala.
Niña de suaves trenzas al hombro
y gestos sin prisa.

Hay algo que te observa
desde la punta del tiempo.
Y no es la muerte,
sino el hombre.

Amiga, este es mi mensaje:

Dejad que se acerque a ti
sólo la ternura.



Nadia Contreras